

Esto dicho, colgóse la espada del cinto y vió con satisfacción que su bruñida empuñadura le golpeaba el costado. De un puntapié dado con el mayor desdén, metió bajo la cama los menguados calzones y la raída sotanilla tan querida y cuidadosamente conservada desde fecha inmemorial.

Empezaba ya á llegar la noche; ni un rayo de sol doraba las veletas de las casas vecinas, y los edificios lejanos empezaban á confundirse entre las sombras del crepúsculo. El hermano Pacífico dirigióse hacia la puerta, procurando apagar el ruido de los borceguies armados con aceradas espuelas.

—No me falta más que mi caballo—pensó sonriendo con cierta gallardía;—quizá sin saberlo, estoy llamado á ser un famoso paladín, un rayo de la guerra.

Iba á cruzar el dintel, cuando su mirada volvió á fijarse en el espejo que lucía delante de la ventana. La coquetería le entró sin duda al mismo tiempo que el valor, porque se sentía dominado de un irresistible deseo de contemplarse cara á cara. Acercóse, pues, al espejo, enderezando cuanto pudo su anguloso talle y echando hacia atrás los largos mechones de su cabellera. El espejo, que poco antes le había mostrado su imagen humilde y dolorosa, mostrábale ahora una frente varonil rodeada de una aureola de arrogancia y altivez. Hubiérase dicho que su estatura había crecido más de un codo. El aspecto enérgico y viril de sus facciones resaltaba más entre el terciopelo de su birrete y las aceradas mallas que cubrían sus hombros.

Hay que convenir en que el pobre Pacífico era un hombre en toda la extensión de la palabra, hasta el punto de que, al verse á sí mismo, sintió un movimiento de noble orgullo.

Luego bajáronse tímidamente sus ojos, mientras un vivo carmín teñía su frente, inclinada de nuevo.

—Yo hubiera querido—pensaba el infeliz á pesar suyo,—que antes de morir, la duquesa Isabel me hubiera visto de este talante.

Este fué su último capricho infantil.

—Adiós, Juan, mi querido señor—dijo arrodillándose cerca de Armagnac, dormido, y besándole las manos con apasionada ternura;—pronto voy á aparecer ante Jesús y María; yo les rogaré, Monseñor, para que os hagan del todo feliz á vos y á vuestra santa madre así en este mundo como en el otro. Adiós, Juan de Armagnac; duermo tranquilamente, mi querido señor. ¡Ni vos ni ella sabréis jamás lo que había en el corazón de Pacífico!

Levantóse bruscamente y pasó la mano por su frente, como si estas últimas palabras le hubieran sorprendido á él mismo.

Inmediatamente cruzó el dintel de la puerta, y como Simón, armado también de punta en blanco, le estorbara el paso, quitóselo de delante dándole un soberano empujón, y salió á la calle sin volver atrás la vista.

Un instante después, caminaba con la cabeza erigida y la mano en el pomo de la espada, dirigiéndose con desenfado hacia la torre del Louvre.

## VI

### ARREPIÉNTETE

Todo era tristeza, fatiga y desaliento dentro de los muros de la Marche. Aquella maravillosa fiesta de carácter bíblico que debía durar tres días y hacer época en la historia, había terminado de la manera más lamentable, y aunque tan alegremente comenzada, no debía proseguir el día siguiente.

Cuando el sol se levantó sobre las magnificencias del país de Jerusalén, todo aquel cuadro inmenso,



tan brillante á la luz artificial, apareció deslucido y ajado. Las decoraciones teatrales son como los pájaros nocturnos, que temen la luz del sol.

Entre el palacio de Salomón y el templo, marcaba el lugar de la refriega un ancho reguero de sangre. Maese Ricardo hubiera podido reconocer, entre la tierra enrojecida, uno de los guantes que había vendido el día antes al desgraciado Thibaut de Ferrières. En un gran espacio veíase el suelo cubierto de jirones de terciopelo y restos de todas clases. A la derecha del campo de batalla encontrábase aún las mesas cubiertas de jarros y tazas medio llenas, bajo los pabellones inmediatos al improvisado alcázar.

La bóveda bajo la cual poco antes pasaban los convidados para entrar en los espléndidos jardines, estaba ya cerrada. De vez en cuando, en lo alto de las murallas, donde no flotaban ya las banderas y los orgullosos estandartes, oíase el paso lento y acompasado de algún centinela; resonaban los golpes de las lanzas y alabardas al chocar contra el granito del pavimento, y los hombres de armas daban el quién vive á las rondas que se aproximaban.

El castillo de la Marche estaba en pie de guerra.

Durante aquella noche de fiesta, los sucesos habían dado un paso de gigante; el señor de Ferrières pagó con su vida la tentativa contra la persona del rey; pero Olivier de Gravelle, su dueño y señor, era responsable de aquel ataque audaz, y ya no le quedaba más recurso que optar entre la rebelión descubierta ó el cadalso; á no ser que la jaula ó calabozo de hierro, donde Jaime de Armagnac había gemido tanto tiempo, no le ofreciera un término medio entre aquellos dos extremos pavorosos.

Además, Gravelle había sido guerrero antes de ser cortesano; y aunque su valor y ardimiento debieron languidecer en la vida muelle y sensual que

llevaba desde hacía tantos años, es muy natural que se inclinara, como se inclinó al fin, á probar fortuna resistiendo con las armas en la mano.

No se determinó, sin embargo, sin maldecir antes el inoportuno celo de Thibaut de Ferrières, quien, según la opinión de Vincencio Tarchino, poeta y profesor de armas, no estaba suficientemente castigado ni aun con la muerte que había sufrido.

Durante todo el día, numerosos correos partieron á todo escape del castillo, para ir al palacio de San Pablo, donde la ex regente Ana residía en aquel entonces. Dichos correos fueron regresando uno en pos de otro; pero las noticias por ellos traídas no circularon absolutamente y de un modo oficial en la sala de armas del castillo, lo que hizo que los soldados, ya descontentos, empezaran á murmurar que Olivier, su señor, no podía contar desde entonces con el apoyo de la hija de Luis XI. Esto rompía la mejor cuerda que tenía en su arco el señor de Gravelle.

Quedábale el palacio de la Marche, que dominaba la parte meridional de París; el Louvre, donde sus soldados daban la guarnición, y el recinto del Norte, cuya defensa le estaba encomendada por especial privilegio desde hacía más de dos años. Con estos elementos era posible la resistencia y fundada la esperanza de obtener por lo menos buenas condiciones, si al fin de la jornada se ofrecía el caso de tener que capitular por precisión.

Pero Olivier de Gravelle sabía que estas fuerzas eran más aparentes que reales; el duque de Orleans había vuelto á tomar posesión de su palacio en el cuartel de las Halles; París estaba lleno de soldados del antiguo partido de Armagnac, entrados en la ciudad aquella noche misma por la puerta Barbelle, confiada á las milicias de la villa desde el palacio del Parlamento hasta la ribera. Gravelle sa-



bía esto por sus exploradores, y por todas partes no se veían más que cascos y corazas brillando á la luz del sol.

Por la primera vez, después de dos lustros á lo menos, el apuesto señor de Graville supo prescindir de que le rizaran el pelo.

Pasó el tiempo en su cuarto en compañía de su fiel Tarchino, que le entretenía inventando más de doce estratagemas por minuto, las que, á decir la verdad, no vallan gran cosa.

En tanto que Graville se ocupaba en negocios serios, aunque muy á pesar suyo, la dama de sus pensamientos, la incomparable reina de Saba, habíase retirado á sus habitaciones. Jamás la traviesa Berta de Janves, que tan bien había representado su papel de soberana, jamás María de Argennes ni todas aquellas alegres y atolondradas loquitas que vimos en derredor de Juan Rubio, habían notado en la fisonomía de Blanca un aire de tan profunda y obstinada preocupación.

No había querido ocuparse del arreglo de su persona, limitándose á echar sobre su cuerpo una bata sencilla y de color obscuro. Nunca solía estar enterada ni procuraba enterarse de lo que pasaba fuera del castillo, y, sin embargo, sus compañeras notaban hoy en ella una impaciencia misteriosa cuyo origen ninguna podía adivinar. Blanca miraba á cada momento el decorado reloj que se hallaba suspendido entre dos puertas de sus habitaciones; parecía que deseaba precipitar la marcha demasiado lenta de las agujas, y cada vez que el timbre vibraba para marcar una hora más, veíase lucir en los ojos de la niña un rayo de esperanza.

¿Qué era lo que esperaba Blanca con tanta ansiedad?

A la caída de la tarde despidió repentinamente á todos los que la rodeaban, para quedarse sola;

cosa extraordinaria y que, naturalmente, hubo de servir de tema á maliciosos comentarios. Blanca no consintió que la desnudaran; quiso estar sola, y fué preciso obedecer.

Las habitaciones ocupadas por Blanca en el palacio de la Marche, eran las mismas que la duquesa Isabel ocupó en otros tiempos. Una puerta secreta, disimulada por las tapicerías de la alcoba, daba entrada á la sala de honor, junto á la cual hallábase el cuarto dormitorio del difunto duque de Nemours.

Ya saben nuestros lectores que la sala de honor comunicaba también, por un corredor obscuro y tortuoso, con una misteriosa salida subterránea que llegaba al pie de las murallas de París, y merced á la cual, quince años atrás, pudieron fugarse la duquesa Isabel y el heredero de Armagnac.

El sol acababa de ocultarse tras de las ricas y graciosas arboledas que bordean las orillas de la parte inferior del Sena; el cielo, inflamado hacia Occidente, enviaba una luz tibia, pero arrebatadora. Los que sienten la fiebre de la inquietud, necesitan respirar un aire libre; por esto Olivier había abandonado su aposento con Tarchino, dando los dos un lento paseo de circunvalación en torno de las murallas. Graville interrogaba, aunque no sin viva ansiedad, el aspecto y la fisonomía de los hombres de armas que iba encontrando á su paso, á lo largo de las obras de defensa.

¡La traición es tan fácil y pronto ejecutada cuando amenaza un revés en la política! y Graville sabía muy bien, por experiencia propia, que á las almas desprovistas de lo que los tunantes llaman preocupaciones, la traición no cuesta nada.

Al doblar un ángulo de las fortificaciones, encontróse de improviso frente á frente con una especie



de fantasma que le cerraba el paso y que fijaba en él sus desfavoridos ojos. La vispera de aquel día, Guillermo de Soles estaba ya muy pálido y extenuado, porque su vida iba extinguiéndose bajo el peso abrumador de sus remordimientos; pero aquella noche había precipitado tanto los progresos del mal, y Guillermo de Soles se agravó tan intensamente en pocas horas, que mosén Olivier sintió honda pena al reconocerle.

—Estás muy malo, amigo Guillermo—dijo apartando de él sus ojos;—en tu lugar iría á acostarme en la cama, en vez de andar por aquí con el relente de la noche.

El señor de Soles no se incomodó para dejar libre el paso á su jefe, sino que, tendiendo hacia él entrambos brazos de espectro, murmuró con voz de tumba:

—Thibaut estaba ayer muy sano y robusto; Thibaut se reía cuando yo le dije: «La mano de Dios pesa sobre nosotros.»

—Thibaut de Ferrières ha muerto como un soldado y como un caballero—replicó Graville.—Esta misma mañana he mandado treinta escudos de oro á la abadía de San Germán de los Prados para que se celebren sufragios en descanso de su alma.

Guillermo de Soles movió lentamente la cabeza y dijo:

—Cuando el pecador abandona este mundo con la blasfemia en la boca, todas las oraciones son inútiles, y su alma se sumerge en el fuego del infierno. Aun cuando se le dedicaran sufragios por más de cien mil escudos de oro, su salvación sería imposible. Tienes razón, Olivier de Graville; mejor estaría yo en mi lecho que paseando por las murallas, porque siento ya la mano helada del ángel que viene á abrir los huesos de mi calavera; pero como hemos pecado los dos juntos, he venido aquí sólo para de-

cirte: «Están contados los días de los que vendieron y asesinaron á Jaime de Armagnac. ¡Arrepiéntete, Monseñor, arrepiéntete! ¡Quién sabe si mañana será demasiado tarde!»

La frente de Graville palideció. Tarchino soltó una carcajada seca y estridente.

—A ti, Vincencio Tarchino—añadió Guillermo de Soles,—no te hablo de arrepentirte porque perteneces ya al demonio en cuerpo y alma.

—¡Muchas gracias!—exclamó el italiano;—os agradezco la lisonja, compadre Guillermo.

—¡Eh! Pedro Raúl—añadió dirigiéndose á una ronda que acertaba á pasar por allí,—apoderaos de este pobre enfermo y conducidle á su cama.

Los soldados cogieron á Guillermo de Soles, quien no opuso la menor resistencia, y mientras lo conducían, Graville y el italiano prosiguieron su paseo; pero Olivier pudo escuchar aún la voz del calenturiento, que repetía:

—¡Arrepiéntete, Graville, arrepiéntete!

Durante algunos minutos, Vincencio Tarchino y él anduvieron uno al lado del otro, sin proferir una palabra.

—Es una cosa extraordinaria—murmuró por fin el conde de la Marche—la enfermedad que desde hace tanto tiempo agobia al pobre Guillermo de Soles.

Tarchino se encogió de hombros y replicó:

—Siempre, desde el principio del mundo, ha habido locos.

Y luego prosiguió con acento precipitado:

—El tiempo vuela, Monseñor, ¿queréis perder irrevocablemente la partida? Olivier se sentó en el pretil de la muralla.

—Cuanto más pienso en ello—respondió,—mayor repugnancia me inspira este asesinato inútil. Una de dos: ó seré vencedor, en cuyo caso me bastará



un soplo para alejar á ese niño, ó quedaré vencido; y entonces ¿qué me importa del nombre del que haya de enriquecerse con mis despojos?

Tarchino encontró para aducir, esta vez, un argumento sin réplica.

—Monseñor—dijo, cuadrándose delante de su amo,—os habéis olvidado de que puede ofrecerse una tercera alternativa. En esta clase de luchas, puede muy bien ocurrir que uno no quede vencedor ni vencido, ó para mejor expresar la idea, puede ser que uno salga vencedor sin haber corrido los azares de la lucha. Sois todavía muy fuerte, á pesar de vuestros errores; así es que antes de combatir podríais aún negociar... y yo os aseguro que el solo obstáculo que se opondría hoy al éxito de vuestras gestiones sería el heredero de Armagnac. Esa locura que Thibaut de Ferrières os había metido en la cabeza y que ha causado su muerte, ha sido muy provechosa á Juan de Armagnac, que ha salvado al Rey, á quien no debisteis nunca atacar. Juan de Armagnac es un personaje, y yo he visto cómo el duque de Orleans le abrazaba con efusión... En tanto que viva Juan de Armagnac, ahora que el reyecito le debe la vida, nadie querrá tratar con nosotros, por la razón de que vos tenéis su herencia. Conozco bien al duque de Orleans, quien á la hora presente es el mentor de Carlos de Francia, y por esto os digo que no abandonará á Juan de Armagnac mientras viva; pero estoy seguro también de que no se preocuparía por vengarle después de muerto.

Ambos interlocutores hallábanse detenidos en uno de los baluartes que miraban á las murallas de París. Entre el recinto fortificado de la ciudad y el palacio de la Marche había un espacio de corta extensión, cubierto de árboles poco frondosos, á cuyo sitio solían ir á pastar los rebaños de las alquerías de aquellos contornos.

Tarchino miró con fijeza á su señor para escudriñar el efecto producido por el prudente discurso que acababa de pronunciar. Graville dirigió su distraída mirada hacia las sombras que empezaban á proyectarse en el terreno comprendido entre las dos líneas de fortificación.

—¿Sois de mi parecer, Monseñor?—preguntó Tarchino.

Olivier, en vez de contestar, dijo:

—Nada vi durante la fiesta que viniera en apoyo de vuestras insinuaciones maliciosas respecto á Blanca de Armagnac, maese Vincencio.

Una amarga sonrisa crispó los labios del italiano.

—Nos hallamos demasiado cerca del abismo, Monseñor—dijo con voz vibrante, pero retenida,—para pensar en bagatelas amorosas.

—¿Qué es eso, maese Tarchino?—exclamó el conde de la Marche, lanzando sobre Vincencio la más desdeñosa mirada.—¿Os habéis figurado, por ventura, que tengo necesidad de mentor como el niño rey Carlos de Francia?

La sonrisa de Tarchino se volvió más burlona y murmuró:

—Hablemos, pues, de galanterías y de amores. ¿Monseñor levantó esta noche el velo que cubría el bello semblante de la noble reina de Sabá?

Graville no pudo disimular el daño que le causaba esta inesperada pregunta; en tratándose de Blanca de Armagnac, abandonábale toda su serenidad y sangre fría.

—Creedme, Monseñor—repuso el italiano;—no acostumbro nunca á decir todo lo que sé, y si no temiera desagradaros...

Tenía la boca abierta para continuar; pero detúvose de improviso para inclinarse sobre el borde de la muralla, á riesgo de caer de cabeza en la profundidad del foso.



—¡Monseñor!—murmuró asiendo del brazo á monseñor Olivier, —¿no observáis que se agita alguna cosa entre esos árboles?

—Es una mujer—dijo Graville afectando una indiferencia que distaba mucho de sentir.

—Sí, Monseñor; es una mujer—prosiguió Tarchino, cuyo acento sarcástico punzaba como un alfiler el corazón del desgraciado y arrogante señor de Graville.—Os ruego que la miréis con atención.

—¿Te atreverías á sospechar...?—empezó á decir el conde.

—Yo no sospecho nada, Monseñor; ruégoos solamente que os fijéis bien en esa mujer.

La desconocida marchaba bordeando el foso. Iba á cruzar un bosquecillo de olmos, y su traje se confundía con las sombras del crepúsculo. Graville y su perverso consejero permanecieron silenciosos algunos instantes. A duras penas podía distinguirse ya á la desconocida entre aquel follaje de los olmos; pero cuando hubo cruzado la espesura del bosque y penetró en la parte del glacis donde Graville y Tarchino estaban al acecho, como si la muralla fuera un balcón, Olivier comprimó su frente con ambas manos y se levantó diciendo:

—¡Vive Dios, creo que es ella!

—Monseñor,—empezaba á decir el italiano.

Pero Graville le cerró la boca con un ademán imperativo y se abalanzó hacia la escalera que conducía á la poterna más inmediata.

—Y en cuanto á la cita del Louvre, Monseñor—gritó el italiano, riéndose para su capote,—¿qué hay que hacer?

Graville estaba ya en el último peldaño de la escalera. Tarchino pensó:

—Quien calla, otorga; he aquí á ese pobre señor corriendo tras las huellas de una liebre que le hará ir quién sabe hasta dónde... ¡Por Belcebú, que no

deja de ser una buena tontería servir á las personas hasta contra su voluntad y como á pesar suyo!

Graville se hizo abrir la poterna, y corrió campo á través en dirección de la puerta Bucy.

—¡Cáspita!—decían entre sí los soldados de guardia.—Nuestro señor Olivier corre en persecución del loco Guillermo de Soles, que acaba de escaparse de su cama.

Graville, en efecto, saltaba zanjas y corría como un desesperado; pero no sabía que el loco Guillermo de Soles estuviera ausente del castillo. Había visto en un ángulo del camino aquella mujer que tomaba por Blanca de Armagnac, y se esforzaba en alcanzarla, como si en ello hubiese estribado su eterna salvación.

—¿La habéis visto pasar?—preguntó á los archeros de la puerta Bucy.

—¿A quién, al loco?—preguntaron riendo los soldados.—Sí por cierto... ahora debe transitar á lo largo de la calle de San Andrés de los Arcos y ha de hallarse ya muy cerca del puente de San Miguel.

—¡Una mujer!—dijo Graville:—os hablo de una mujer.

—¡Ah! En cuanto á eso, Monseñor—replicó sonriendo el sargento de armas,—en llegando el crepúsculo, no nos paramos á contar las que entran en la deliciosa ciudad de París.

Olivier de Graville quedó entonces desorientado. Mirando á lo lejos, creyó ver una forma humana que cruzaba al pie de una lamparilla que alumbraba una imagen de la Virgen, en la esquina de la callejuela de Paon, y corrió hacia aquella parte por parecerle que era Blanca la persona que había visto. La calle de San Andrés de los Arcos era entonces la vía más ancha y más hermosa de la ribera izquierda del Sena. Precipitando su carrera, el señor de Graville pudo acercarse más á la fugitiva,



y cuando ésta llegó á la espalda del Chatelet, Olivier se hallaba apenas á cincuenta pasos de ella.

La desconocida, fuese ó no Blanca de Armagnac, en vez de penetrar bajo la bóveda del Chatelet, tomó por la calle de la Huchette para ganar cuanto antes el puente pequeño de Nuestra Señora. Hubiérase dicho que notaba que la perseguían, porque á cada instante precipitaba más y más sus pasos. En el momento en que llegaba á la puerta de la Catedral, Olivier le pisaba ya casi los talones; pero las gentes piadosas que salían de los oficios de la tarde fueron para Graville un obstáculo que le obligó á perder tiempo, y la desconocida, que había podido entrar un momento antes, consiguió perderse entre la obscuridad y las sombras de las naves laterales del templo.

Graville no permaneció mucho tiempo fuera: la oleada de fieles que salía de la iglesia cedió al fin; pero cuando después de algunos segundos penetró bajo la nave central, los ojos de Olivier buscaron vanamente á Blanca de Armagnac.

Ella ha entrado aquí—pensaba;—estoy seguro, porque lo he visto.

Los celos le desgarraban el corazón, é iba registrando todos los rincones y llevando su mirada hasta la santa obscuridad de los confesonarios.

El vasto recinto de Nuestra Señora hallábase casi desierto, y uno en pos de otro iban apagándose los cirios y lámparas que alumbraban el templo. Una vez, al pasar junto á la capilla de San Gervasio, Olivier de Graville oyó un hondo suspiro exhalado en las tinieblas; acercóse al punto de donde partía la voz, y distinguió á un hombre de elevada estatura prosternado y que se golpeaba la cabeza contra el duro mármol. Ese hombre le oyó, y como Graville se apartara para proseguir su camino, lanzóle con voz cavernosa este apóstrofe:

—¡Arrepiéntete, Graville!

Graville siguió de largo; pero un vivo estremecimiento heló sus carnes.

Ardía solamente una lámpara en el centro de la nave. A algunos pasos de esa lámpara, hacia la que se dirigía un sacristán para matar su luz, hallábanse de pie, conversando, dos mujeres tapadas con tupidos velos.

—Mucho habéis tardado—decía la de mayor edad;—¡quiera Dios que lleguemos á tiempo!

—¿Dónde hay que ir, señora?—preguntó con voz temblorosa la desconocida de Olivier, pues era ella;—¿qué hay que hacer para salvarle?

—Hay que ir al Louvre, niña. Es preciso que vos, que tenéis el derecho de mandar, hagáis que vuelvan á sus vainas las espadas que amenazan su pecho.

—Lo veré, señora—exclamó Blanca,—y si mi voz no es atendida, habrán de atravesar mi corazón antes de llegar al suyo.

Las dos mujeres se hincaron de rodillas y oraron por espacio de un segundo; al levantarse, cayeron una en brazos de la otra, y la más joven abrió la marcha hacia la puerta.

En este momento Graville penetraba en la nave; bastábale dar un paso para detener á Blanca de Armagnac, y ya su mano se extendía hacia ella, cuando vió levantarse delante de él la figura esbelta, majestuosa y altiva de la otra mujer.

—¿Quién sois vos para impedirme el paso?—preguntó.

La desconocida levantó su velo, y el último chisporroteo de la lámpara moribunda iluminó el rostro de madama Isabel de Armagnac, duquesa de Nemours.

Graville llevó las manos á sus ojos y dió un paso atrás, vacilando y presa de un estremecimiento



convulsivo. El sacristán acababa de apagar la última lámpara; la nave central de Nuestra Señora quedó sumida en la obscuridad y la lobreguez, y en medio de estas tinieblas, la voz sepulcral de Guillermo de Soles resonó gritando:

—¡Arrepiéntete, arrepiéntete!

## VII

### LA LECCIÓN DE ARMAS

Enfrente mismo del pequeño Prado de los Clérigos, entre la iglesia de San Nicolás del Louvre y la torre que forma la esquina, á unos cien pasos de la muralla de circunvalación construida por Felipe Augusto, y que enlazaba la puerta de San Honorato con el Sena, extendiase una alameda de grandes árboles que bajaba hasta la margen del río; esta parte de la ribera hacia las veces de muelle, y era conocida con el nombre de fondeadero del Louvre, porque era por allí por donde se desembarcaban las provisiones del castillo.

El crepúsculo estaba ya del todo cerrado; apenas circulaban por el río las embarcaciones menores, que en aquella estación y en aquel sitio hormigueaban sin cesar durante el día; veíase sólo cruzar periódicamente de una á otra orilla el bote del barquero encargado de trasbordar al público desde la isla de las Vacas al lugar denominado Punta de la *Cité*.

Empezaban á brillar algunas luces en las angostas ventanas de la Torre de la esquina y en las aspilleras de aquel edificio, al cual los dramaturgos han dado tan funesta celebridad, á saber, la Torre de Nesle.

Desde la Torre de Nesle hasta las tapias del gran Prado de los Clérigos, toda la margen izquierda del

Sena hallábase completamente despoblada y sumida en la obscuridad; en la orilla derecha, por el contrario, veíanse lucir en abundancia las iluminadas ventanas de muchos albergues.

En lo alto de las murallas del Louvre resonaban los pasos de los hombres de armas y oíase repetir á lo lejos los gritos monótonos de los centinelas.

El rumor que producía un barco al deslizarse por las apacibles aguas del río, hacia la parte del prado pequeño de los Clérigos, atraía la vista sobre una mancha negra que resbalaba cortando la corriente. Al propio tiempo, una voz poco delicada y aguardentosa, ásperamente modulada, interrumpió el silencio de la noche para entonar una canción que ya oímos hace mucho tiempo:

Perina, Perina mía,  
Lon li, lon la,  
La deri, la deridera,  
Perina, Perina mía,  
¿Dónde está tu corazón?

Al concluir esta primera copla, la mancha negra, que era una chalupa, bogaba ya cerca de la ribera, llevando á su bordo un hombre de armas que permanecía en pie y que era precisamente el mismo que cantaba.

—Vamos, Tomás, amigo mío—exclamó dirigiéndose al batelero; —un golpe de remo para hacer cara á la corriente, que al parecer se propone arrastrarnos hacia el arroyo de Roule. El Sena está manso esta noche y no te costará gran trabajo ganar el precioso maravedí de marea que llevo para ti en el bolsillo.

Tomás ejecutó la maniobra y la chalupa fué á hundir su proa en las arenas del fondeadero. El hombre de armas saltó á tierra con donaire y agilidad, atendido á que el mozo pasaba muy bien de los cuarenta; entregó al batelero la paga prometida,



y llevó su amabilidad y su complacencia al punto de volver á poner el barco á flote dándole un más que regular empujón.

—Que vaya bien, amigo Tomás—dijo:—yo estaba creído de que no me había de faltar aquí compañía; pero es probable que los que no han llegado aún vendrán al fin. Si no estás muy fatigado y quieres ganar alguna cosita más, amarra tu barco en la otra orilla, en el recodo del Sena menor; los que estoy esperando vienen del palacio de la Marche y tú podrías traerlos.

Tomás dió las gracias y cruzó el río.

El hombre de armas era un arrogante soldado que vestía, á corta diferencia, el traje que hemos descrito en uno de los capítulos anteriores; no llevaba armadura propiamente dicha; el cuero y las aceradas mallas formaban su principal defensa. Lucía, pendiente de su costado, una espada desmesuradamente larga, y enorme adorno de plumas flotaba sobre su sombrero.

—¡Vive Dios, que es verdad!—murmuró con impaciencia mirando en torno suyo:—soy el primero en comparecer á la cita... y bien sabe el diablo lo que me interesa este negocio. Yo vengo aquí por virtud platónica como si fuera un caballero andante.

Enjugóse con el dorso de la mano sus recios y poblados bigotes, en cuyos pelos se habían estacionado algunas gotas de vino.

—Los otros no llevan por lo visto tanta prisa como yo—siguió diciendo;—y á saberlo hubiera podido beber aún dos ó tres copas en la mesa del compadre Amapola... aquel viejo tunante que se ha convertido en uno de los más ciegos aduladores de Graville, después de haber comido el pan de Armagnac.

A todo esto iba paseándose y mirando fijamente

para ver si podía descubrir á través de la obscuridad, cada vez más densa, algún ser viviente que se aproximara.

—Yo llevo los colores de Graville, es verdad—añadió;—pero me acuerdo aún de Armagnac, y la prueba de ello es el encontrarme ahora aquí. Batirme por el hijo de aquella mujer que no tuvo confianza en mí, no lo haré porque sería una necedad; no llegaré á tanto; pero considero que no puedo permitir tampoco que aquel miserable y traidor napolitano asesine al hijo de mi señor y dueño... Es gallardo el mocito, á fe mía, y bastantes lecciones ha recibido de mí allá en Benevent para que pueda á lo menos defenderse. Le pondré en guardia contra la infame estocada de Tarchino, y además estoy dispuesto á hacer lo que me diga la conciencia.

Después de echados estos planes, reanudó sin detenerse un segundo sus interrumpidas coplas:

¿Dónde está tu corazón?  
Perina, Perina mía,  
Lon li, lon la,  
La deri, la deridera,  
Perina, Perina mía,  
¿Necesitas un señor?

—¡Hola!—exclamó interrumpiendo su canto;—alguien llega por la parte de la puerta de San Honorato: apostaría á que es mi gallardo discípulo.

Olanse pasos, efectivamente, á la derecha de las fortificaciones del Sonore, en cuya dirección un centinela dió el quién vive, y los pasos iban aproximándose sin que el que los daba se hubiera tomado la pena de contestar á la intimación. El hombre de armas volvióse todo ojos para mirar, consiguiendo por fin divisar una forma humana, de elevada estatura, que caminaba con gran desembarazo fuera del camino bajo el follaje de la arboleda.



—¡Caracoles!—pensó el soldado;—mi discípulo es mucho más gallardo y agraciado.

El bulto se acercó más y más, acabando por distinguirse bien; era también un hombre de armas, alto, delgado, algo cargado de espaldas y con largas melenas caídas sobre los hombros. Su aspecto era el de un hombre que no estaba á sus anchas bajo aquel equipo belicoso.

—¿Sois acaso mi primo Jerónimo?—preguntó al divisar junto al río á nuestro primer hombre de armas.

Este quedóse con la boca abierta y sin responder palabra alguna; acaricióse la barba, frotóse los ojos y puso por fin sus dos manos sobre los hombros del recién venido.

—¿Es que verdaderamente éste eres tú, Andeol?—murmuró poseído de la satisfacción más profunda.

—Sí, primo Jerónimo—respondió Pacífico;—os agradezco de todo corazón que no hayáis faltado á la cita; pero ¡qué obscura y cerrada es esta noche, Santo Dios! No debe ser muy agradable batirse en medio de estas tinieblas.

—No te inquietes por esto, primo Andeol—respondió el soldado Jerónimo Ripail,—que los otros no vendrán sin antorchas... Pero ¿dónde está tu discípulo? ¿por qué has venido tú primero?

Pacífico vaciló un momento antes de responder; pero luego dijo precipitadamente, como si quisiera librarse del peso de la enojosa explicación que se le pedía:

—Juan de Armagnac ha pasado sin dormir cuatro ó cinco noches; hace pocos momentos dormía aún, y no se habrá despertado.

—¡Cómo! ¿Sería posible?—exclamó Ripail.

—Dejemos eso, primo Jerónimo—interrumpió Pacífico;—si Juan de Armagnac no viene, aquí estoy para reemplazarle.

Pronunció estas palabras sin fanfarronería, pero con firmeza é irguiendo su talle. Los ojos de Jerónimo Ripail habían podido acostumbrarse ya á la obscuridad, y observaba al pedagogo con una sorpresa que iba sin cesar en aumento.

—¡Por todos los diablos!—prorrumpió al fin;—cuando se pone en facha y cuando se le mira así, entre sombras, tiene casi el aspecto de un soldado. Comoquiera que sea, hay que confesar que el primo Andeol no es un hombre como los otros. Aquella noche en que el duque de Nemours recibió el pasaporte para la eternidad, recuerdo, y me parece ver todavía, su rostro, cuando me dijo: «¡Salvemos á la madre y al hijo, aun cuando debemos perecer los dos!» ¡No, no es un hombre como los demás!

Entraban tal vez un poco en estas reflexiones de Jerónimo Ripail sus remordimientos; pues su conciencia le decía que en aquella hora su espada debía estar al servicio de Juan de Armagnac.

—¡Cómo, primo mío!—repuso con cierto embarazo;—¿sabes tú á lo que te obligas viniendo aquí en lugar de tu señor?

—A morir—respondió Pacífico con serenidad.—Así lo he comprendido siempre.

Jerónimo Ripail tomóle la mano, que estrechó entre las suyas violentamente conmovido; luego se separó de allí, dando algunos pasos por la orilla del río, viéndose obligado, para reprimir su agitación, á tararear:

¿Necesitas un señor?

Perina, Perina mía...

—¿Sabes tú, siquiera cómo se empuña una espada?—preguntó de repente mirando á Pacífico.

—No—respondió el buen hombre;—en manera alguna.

—¡Ah!—murmuró Jerónimo, que estuvo á pique de inclinarse á seguir los impulsos de su concien-



cia:—si en otros tiempos la duquesa Isabel hubiera tenido confianza en mí, me batiría esta noche con mucho gusto, en lugar de Juan de Armagnac; pero yo te hago juez, Andeol; primo mío, dime, ¿cómo me trató hace quince años la señora?

—Yo pensaba rogaros únicamente—dijo Pacífico, en vez de contestar,—amigo Jerónimo, que mientras aguardamos á la gente de Graville, hiciérais el favor de enseñarme á ponerme en guardia. Tengo aún algunas monedas en mi bolsa y os pagaré lo que sea por este servicio.

Si no hubiera sido la noche tan oscura, habriase visto cómo á Ripail se le enrojecía de vergüenza hasta el blanco de los ojos.

—En cuanto á esto—dijo,—primo Andeol, puedo complacerte sin remuneración alguna. Y no será, por cierto, la vez primera que haga *gratis* esta clase de favores—añadió, acordándose con placer de lo que había hecho por Juan de Armagnac en el bosque de Benevent;—no será esta la primera vez que dé de balde mis pobres lecciones de esgrima. Acércate y desenvaina como un buen muchacho. Voy á enseñarte las dos mejores paradas que nos han traído los italianos... Tienes el brazo diez veces más fuerte de lo que yo creía, y, después de todo, el éxito de un combate depende siempre de la voluntad de Dios.

Pacífico desenvainó con bastante torpeza, pero desenvainó al fin.

—Da medio paso hacia adelante con la pierna derecha—dijole Ripail,—de manera que las tres cuartas partes del peso de tu cuerpo descansen sobre la pierna izquierda: esto es con el objeto de que puedas retirarte ó arremeter con igual facilidad.

Pacífico tomó la posición que se le indicaba.

—¡Un poco más de elegancia!—exclamó Jerónimo, tratando de colocar convenientemente las poco

flexibles rodillas del pedagogo:—las piernas representan, en el noble arte de la esgrima, un papel tan importante, que no puedo encarecértelo bastante en la primera lección.

—¡Ay, mi buen primo Jerónimo!—interrumpió Pacífico;—os ruego lleguemos pronto á lo que más interesa: esta primera lección no puede ser muy larga, y tened en cuenta que ha de ser también la última.

—¡Bueno, bueno!—murmuró Ripail.—Tienes razón, Andeol, y haré lo que desees. En guardia, pues: la daga en la mano izquierda, junto á la cadera; el brazo derecho plegado hacia adentro; el codo cerca del cuerpo, y la mano alta. ¡Déjate guiar, qué diablo! No te quedes rígido como si ya estuvieras muerto de más de quince días.

—Primo, primo mío—murmuró Pacífico, que sudaba ya copiosamente;—os juro que hago cuanto sé y puedo.

Su armadura le hería y estorbaba todos sus movimientos. ¡Ah, cuánto echaba de menos su vieja sotanilla, gastada por el uso y amoldada á todos los ademanes de su cuerpo!

Después de un trabajo largo y difícil, consiguió Jerónimo ponerle en guardia.

—Primo—le dijo,—en esta posición parará bien, inclinando con viveza la espada hacia el lado izquierdo, y puedes responder tendiendo el brazo á fondo. A esto se llama quitar y tirar en cuarta.

Pacífico repitió el movimiento cinco ó seis veces, y hay que convenir en que lo hacía con toda su alma.

—¡Ah!—exclamó con la cándida alegría del neófito que penetra por primera vez los secretos de la ciencia,—¿es eso á lo que llamáis quitar y tirar en cuarta? ¡Cáspita! yo creía esto más complicado... Mirad, ya lo hago á la perfección, primo Jerónimo.



Ripail se sonreía, y como no era mala la sangre que circulaba por sus venas, entusiasmábase también al ver la animación creciente del pedagogo.

En cuanto á Pacífico, no había ya necesidad de decirle que levantara la cabeza ó el brazo; manteníase firme sobre sus piernas, y no menguaba un dedo su estatura. Paraba y quitaba en cuarta como un desesperado: era esto todo lo que sabía, y no podía exigírsele más.

—¡Vive Dios!—decía, pegando furiosas cuchilladas:—empiezo á creer que voy á despachar en cuarta á ese condenado que quiere acabar con la vida de mi joven señor. Jamás hubiera pensado que fuera tan fácil aprender el manejo de las armas.

—Tienes un excelente corazón, primo mío—replicó Jerónimo lleno de emoción;—había en ti cualidades para llegar á ser un hombre de guerra, y es lástima que no hayas comenzado más pronto tu carrera; pero, en fin, tomemos las cosas como son y acabemos nuestra tarea... ¿Vamos allá?

—Vamos—replicó Pacífico volviendo á colocarse en guardia.

Tomóle Ripail la mano para volvérsela hacia afuera; pero en este momento llegó de la parte del río un murmullo que Jerónimo se paró á escuchar.

—¡Hola!—pensó;—ese es el barquero Tomás, que nos trae del otro lado del Sena á los convidados á la función.

Miró hacia el Prado de los Clérigos, pero nada distinguió por aquella parte; por el contrario, en el agua y á la altura de la isla del barquero, brillaba una luz con bastante intensidad. Esta luz movíase llevando la dirección de la orilla izquierda á la derecha.

—Al parecer han tomado la gran balsa—volvió á pensar Jerónimo;—esto prueba que vienen montados.

—Vamos, primo—dijo Andeol;—os espero.

—Y tu brazo se fatiga, ¿no es verdad, Andeol? Estas lecciones *in extremis*, como diría el capellán de Benevent, no son de grande utilidad... ¡Ah! ¡si la duquesa Isabel hubiera confiado en mí quince años atrás!

Hizo girar la muñeca de Pacífico hasta que el dedo pulgar estuvo en la parte inferior.

—Coloca el acero sobre la derecha para parar—dijo recobrando su aire de profesor,—y contesta tirando una estocada recta, lanzando la punta de la espada sobre el enemigo... ¡Una, dos!

—¡Una, dos!—repitió Pacífico quitando y tirando al azar.

—Esta es tercera—repuso Jerónimo en tono dogmático.

—¡Uf!—exclamó Pacífico después de dar media docena de pases:—al principio fatiga mucho la tercera, pero acaba uno por acostumbrarse; de fijo que es en tercia como yo traspasaré á aquel malvado.

Y daba cuchilladas y porrazos como un loco.

—No lo entiendo, primo Jerónimo—dijo parándose y echando fuertes resoplidos;—reconozco que me fastidia la duda de tener que elegir. ¿Por qué vosotros, los hombres de espada, habéis inventado la tercia, teniendo ya la cuarta que es muy buena?

—Pues aún existe la prima—respondió Jerónimo con legítimo orgullo,—y la segunda, la quinta, la sexta, la séptima, la octava y todo lo demás. Esto sin hablar de los quites y contras á la cuarta y tercera, inventados por el gran Cesarión de Florencia, y de las infinitas paradas compuestas que hacen incalculable el número de golpes y suertes regularmente posibles en las armas.

—Pues bien, primo—replicó el buen pedagogo, á quien Ripail nunca había visto tan sereno y alegre;



—prefero ignorar todas estas cosas. ¡Vive Dios, cuarta y tercia es ya mucho más de la mitad!

Tomad, primo Jerónimo—dijo poniendo en la mano del soldado una bolsa bastante escualida;—aquí dentro hay cuatro escudos de oro, de que mi parienta Amapola me ha hecho hoy generosa donación. Mañana por la mañana, si esto no os molesta, podéis ir á la abadía de San Germán de los Prados y entregar tres escudos de oro al padre Antonio, mi antiguo confesor, á fin de que celebre el mayor número de misas que sea posible en sufragio de mi alma.

—Vamos, Andeol, no pensemos en esto—interrumpió el soldado.

—Bien puedo pensar yo, primo mío—añadió Pacífico sonriendo,—pues pienso en la muerte sin temor.

Preguntábase Ripail si, excepción hecha de él, había visto jamás un hombre tan verdaderamente valeroso como el que tuvo toda la vida la fama de cobarde, no sólo á los ojos de los demás, sino en el sentir de su propia conciencia.

—En cuanto al otro escudo de oro—prosiguió Pacífico,—os pido que lo aceptéis, primo, y que os lo bebáis todo á mi memoria. Fáltame daros las gracias y deciros que os deseo prosperidad y dicha en este mundo. He aquí á la duquesa Isabel y al duque Juan, que van á quedarse desde ahora sin un solo servidor... Y no os diré más sobre este punto, primo Jerónimo. Durante quince años, Dios ha velado por la viuda y el heredero, y yo no desconfío de la bondad de Dios, á quien encomiendo mi alma.

Esto dicho, irguióse apoyándose sobre la cruz de su espada, después de haberla besado devotamente. La luz llegaba entonces al punto en que estaban los dos primos: era una antorcha conducida por un lacayo que precedía á tres caballeros.

—El que va delante es Vincencio Tarchino, ¿no es verdad?—preguntó el pedagogo.

—Sí—respondió Jerónimo;—el italiano Tarchino.

—¡Muy bien!—gritó Pacífico, levantando su espada y dando un paso hacia la comitiva.

—¡Echa pie á tierra, Vincencio Tarchino, traidor y cobarde!

—Tú has venido aquí por Olivier de Graville, traidor y cobarde como tú. Yo vengo por Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours. ¡Apéate! ¡Te espero!

La luz de la antorcha caía sobre su pálido semblante, que resaltaba entre los largos mechones de sus cabellos negros, y en derredor del cual brillaba una especie de aureola de resignación.

Tarchino saltó sobre la arena de la ribera, y entregó la brida de su cabalgadura á uno de los jinetes que le seguían; no se había fijado aún en Jerónimo Ripail, que permanecía algo separado y vuelto de espaldas.

## VIII

### COMBATE NOCTURNO

—¡Hola, mi venerable señor!—exclamó Vincencio Tarchino al reconocer á su contrincante:—¿conque habéis abandonado vuestra sotanilla y vuestro cucurucho de nigromante? Felicito á mi joven adversario por haber encontrado un sustituto tan gallardo como vos.

Entonces empezó á distinguir confusamente la silueta de Jerónimo, que la obscuridad hizo tomara por Juan de Armagnac.

—¡Vamos, hermoso hijito mío!—prosiguió el italiano, dirigiéndose al pretendido Armagnac;—¡al aire la tizona, os lo ruego! Al día siguiente de una fiesta